

María del Carmen
Domínguez Matos

*La misión de la iglesia:
un debate abierto en los
años sesenta*

IE

El triunfo de la Revolución cubana marcó una profunda transformación para la vida de los que en la Isla decidieron hacer causa común con el Movimiento 26 de Julio y con Fidel. Los cambios que se avecinaban implicaban a los ciudadanos todos, pues el programa expuesto en *La Historia me Absolverá* era, esencialmente, en beneficio de las amplias mayorías y afectaba los intereses del monopolio internacional y de la burguesía y los latifundistas comprometidos con la injerencia norteamericana.

En este contexto, la posición de los diferentes sectores sociales se radicalizará, de allí la postura que asumen sus principales representantes. La polémica entre ellos por el carácter de la revolución fue desbrozando el camino hacia un apoyo o no, al proceso que se vivía en Cuba.

El movimiento cristiano protestante en la Isla era variado y de amplia presencia en las organizaciones fundamentales que intervinieron en el triunfo del 1ro de enero: el Movimiento 26 de Julio y el Directorio Revolucionario; no así en las filas del Partido Socialista Popular (PSP) por su orientación marxista y comunista. Este hecho marcó las diferencias ideo-políticas en la orientación y asunción de las medidas que tomaba la Revolución, y su lugar en las tareas que emanaban del gobierno revolucionario. Otro factor que fomentó diferencias en esas posturas estuvo centrado en la subordinación teológica a las iglesias norteamericanas, pues sus principales representantes provenían de estas instituciones y actuaban desde el siglo XIX como misioneros en la Isla.

A su vez, los conflictos que comienzan a manifestarse entre la forma en que se instruía a los cuadros del gobierno en las Escuelas de Instrucción Revolucionaria (EIR), rectoradas por los dirigentes del PSP y la orientación marxista y por consecuencia atea, excluía *de facto*, a todos aquellos que habían participado en el proceso revolucionario y eran representantes de varias denominaciones protestantes.¹

La interpretación dogmática del marxismo, que se divulgó mediante los manuales que circulaban en la Isla, a través de las EIR, daba por sentado que la fe era irreconciliable con el materialismo dialéctico. Por otra parte, era imposible, desde una interpretación clásica y tradicionalista de la fe cristiana, asumir un compromiso político con el comunismo y el marxismo, como doctrina teórica y praxis social.

Esta contradicción en el plano ideológico fue creando un abismo entre cristianos y marxistas, incentivado tanto por la situación interna del país como por las presiones que provenían del extranjero, particularmente de los Estados Unidos. Se alteraba así el sentido de unidad en torno a la Revolución y a las medidas que se tomaban, en tanto se socavaba la estructura social deformada por un subdesarrollo monodependiente en lo económico y lo político.

Una de las leyes que impactó en la vida social fue la de la nacionalización de la enseñanza. Se rompía así la principal fuente de ingreso de las distintas denominaciones cristianas en el país y de hecho, el eslabón más importante en la formación de las jóvenes generaciones en una cosmovisión religiosa del mundo.² Unido a ello, la propaganda anticomunista y anti-marxista arreciaba en la Isla, y provocaba el éxodo de ministros, pastores y laicos de las iglesias; así como de fieles que se sumaron al momento de incertidumbre y el temor ante la «amenaza roja».

El déficit de una promoción de pastores y teólogos de origen nacional, que pudiera asumir las tareas que emanaban de esta nueva realidad, obligó a que muchos templos se cerraran y a que la vida de los feligreses quedara a expensas de algún que

¹ Marcos Antonio Ramos: Apéndice I, en *Panorama del protestantismo en Cuba*, pp. 517-524, Editorial Caribe, San José, Costa Rica, 1986.

² *Ibidem*, pp. 525-572.

otro pastor que iba a localidades diversas e incluso viajaba de provincia en provincia. Algunos jóvenes formados en el Seminario Teológico de Matanzas (SET) y otros que se preparaban en el exterior y habían regresado al país, asumieron la tarea de mantener la fe junto a figuras históricas del protestantismo cubano que se habían comprometido con la causa de la Revolución (Rev. Raúl Fernández Ceballos, Rafael Cepeda, etc.)

La declaración del carácter socialista de la Revolución definió el contenido de las nuevas transformaciones que se realizarían en la Isla. Se originó en determinados círculos de intelectuales, en los que estaban incluidos también muchos cristianos, el debate en torno a qué modelo seguir: el «soviético» o el «chino», o si desde el llamado «marxismo occidental» podía construirse un socialismo diferente atendiendo a las características de un país tercermundista y latinoamericano.

La Universidad de La Habana se erigió en centro del debate teórico, a través del Departamento de Filosofía.³ Esto originó que se suplantara la función rectora de los órganos de dirección ideológica de la Revolución, que, además, evitaron a toda costa un cuestionamiento sobre el rumbo político de la misma.⁴ Como parte de la estrategia que siguió el departamento, estuvo la de no cerrarse a una única interpretación del marxismo y sí abrirse a los círculos de pensamiento que se desarrollaban en Europa y América Latina, fundamentalmente. La confrontación fue impulsada desde la polémica de los «manuales», lo que repercutió en el modo en que debía impartirse el marxismo y las diversas propuestas de programas de estudio que se discutieron en las plenarias dedicadas a este fin.⁵

El Departamento fue un espacio para el debate, al que asistieron, invitados, numerosos intelectuales con disímiles formación académica y credo religioso. Una de las figuras que participó en estas sesiones fue el Rev. Sergio Arce Martínez, teólogo de la

³ Natasha Gómez Velásquez: «La divulgación del marxismo en la Revista Pensamiento Crítico», en *Marxismo y Revolución*, pp. 97-121, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2006.

⁴ Rafael Plá León: «Trayectoria ideológica de la revista Bohemia en los sesenta», en *Marxismo y Revolución*, pp. 37-54, Editorial Ciencias Sociales, La Habana.

⁵ Mely González Aróstegui: «Las plenarias nacionales universitarias de profesores de Filosofía: reflexiones y polémicas», en *Marxismo y Revolución*, pp. 65-77, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2006.

Iglesia Presbiteriana, quien había regresado al país luego de sus estudios en el Seminario de Princeton. Desde su llegada al país había impartido numerosas conferencias a jóvenes del movimiento cristiano y del Seminario de Matanzas.

El propio Arce valora su trabajo en este período haciendo referencia a la renovación de la iglesia y de la sociedad cubana del momento, al reconocer que: «...cuando hablábamos y escribíamos en la década del 60, nuestra reflexión se detenía en lo que estaba en aquel momento sucediendo. [...] En aquel entonces se trataba de una renovación de nuestro universo sociopolítico, económico y cultural, que consistía, fundamentalmente, en la destrucción de las estructuras deshumanizantes del capitalismo, sobre todo en lo que se refería al capitalismo dependiente, para construir nuevas estructuras de carácter socialista bajo la égida ideológica del marxismo leninismo».⁶

Su trabajo «La Misión de la Iglesia en la Sociedad Socialista», elaborado en agosto de 1965, marcó un giro en la reflexión teológica cubana contemporánea y sentó las bases para su conferencia en el Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, en septiembre de ese año, bajo el título «Fundamentos Bíblicos para una Antropología».

En ambos textos hay una lectura del cristianismo que entroniza con el desarrollo de las teologías de corte «dialéctico» y «político». Desde esta perspectiva, novedosa para Cuba en esos momentos, inserta el autor la necesidad de recuperar el tema del hombre, para desde allí desarrollar la explicación entre marxismo y cristianismo como un factor decisivo en el movimiento revolucionario en América Latina. Esta afirmación se produce en el momento en que en Europa se ha abierto el diálogo entre Marxismo y Cristianismo y se está proponiendo un nuevo ecumenismo, desde las filas de los teólogos, sacerdotes, pastores e intelectuales y académicos de los países del «socialismo real» y de «occidente», que han descubierto que su lugar al lado de los marginados y desposeídos es responsabilidad de todos por igual.⁷

El contenido de la conferencia impartida por el Rev. Arce versó sobre la recuperación del *concepto antropológico*, que considera como un producto legítimo de la *antropología bíblica* y que se

⁶ Sergio Arce Martínez: «Teología en Revolución: esbozo de nuestro quehacer teológico». Documento inédito.

⁷ Gulio Girardi: *Diálogo marxismo cristianismo*, Ediciones Barcelona, 1967.

expresa en la tradición marxista más genuina. Así, por antonomasia, la teología protestante se opone de forma radical a la dogmática católico-romana, que ha resultado ser una pseudocristianización de la antropología bíblica por la antropología idealista clásico-helénica.⁸

Para el Dr. Arce la cuestión en el planteamiento teórico adquiere una dimensión ideológica y política especial, pues está proponiendo la no exclusión y sí el acercamiento con el vicio de identificar su credo con idealismo, reacción, ideología burguesa, conservadurismo capitalista, contrarrevolución. Por ello desarrolla la tesis de que el cristianismo es una fe materialista que se contextualiza y que no puede ser aliada de la sociedad burguesa que enferma y degenera al hombre, es decir, la necesidad de que los cristianos participen en el proceso revolucionario desde su fe exige una renovación en la reflexión teológica que se desarrolle en la Isla. Es abrirse al diálogo ante las transformaciones y vivenciar las dimensiones de esos cambios en la perspectiva de volver a los orígenes de la doctrina cristiana. De ahí que su exposición declare:

- El carácter antropocéntrico del cristianismo.
- La realización de la esencia humana a través del trabajo.
- El hombre como producto de la naturaleza.
- El carácter contextual de la ética bíblica.
- El hombre como ser social.

De acuerdo con estas tesis el hombre es definido como Ser Social en un sentido histórico-escatológico como «espíritu», en tanto es una unidad sico-socio-somática,⁹ en la que el cuerpo sirve de base al desarrollo de la subjetividad en el contexto social que lo promueve.

Es significativa la postura que asume el Reverendo con vistas a darle primacía a las circunstancias o condiciones histórico-concretas para erigir por parte del cristiano una actitud solidaria, de reveladora importancia para el trabajo como fuente de riquezas y liberar la fe de sus ataduras clasistas y prejuicios propios del período helénico. Pero también el marxismo deberá li-

⁸ Sergio Arce Martínez: «Fundamentos bíblicos para una antropología», en *Teología en Revolución*, tomo I, p. 29, Editorial Augusto Coto, Matanzas, 1984.

⁹ _____: «Fundamentos bíblicos para una antropología», en *Teología en Revolución*, tomo I, p. 47, Editorial Augusto Coto, Matanzas, 1984.

berarse de sus prejuicios y su dogmática. Frente al marxismo aparentemente ateo y el cristianismo aparentemente creyente, hay que movilizar las bases de cada doctrina para juntos trabajar en las semejanzas y no en las diferencias.¹⁰

Estas ideas fueron ampliamente desarrolladas en el texto sobre *La Misión de la Iglesia en la Sociedad Socialista*, que fuera prologado por el Rev. Raúl Fernández Ceballos en su publicación original, las cuales constituirán el centro de nuestro análisis por las implicaciones que tuvieron y tienen en el contexto de la teología cubana y en la postura de un sector del cristianismo frente a la Revolución y el Socialismo. En sus páginas se expresa el compromiso con el proyecto social cubano y los cambios que emanaban de él. Resulta muy notoria la pastoral en que se propuso divulgar esto ante la sociedad, pues era importante para los cristianos definir qué hacer en las condiciones del socialismo.

Según el Dr. Arce la Iglesia debe asumir siempre la misma *Misión* en cualquier sociedad de acuerdo con los principios que la determinan.¹¹ Significa que en sentido general la Iglesia siempre ha estado en función de extender y justificar la Ética cristiana. Sin embargo, el «socialismo» y el «socialismo marxista» exige de una Iglesia que reflexione sobre el nuevo orden socio-económico y político que los marxistas explican como paso intermedio hacia el comunismo. ¿Cuál sería esa Iglesia capaz de ponerse al lado de la Revolución, al lado del marxismo, del socialismo y el comunismo?

«Al hablar de Iglesia, me estoy refiriendo, no a una institución o estructura, ni a una organización confesional. No hablo de una jerarquía eclesiológica, ni de una directiva eclesiástica, sino del pueblo creyente... me estoy refiriendo a los cristianos, al simple miembro de la Iglesia, a la Iglesia que está “en las casas”, “por las calles”, “en las fábricas”, “en las escuelas”, “de cara al campo” o “de espaldas a la realidad social que vivimos”».¹²

Esto significa que en el proceso de construcción socialista la Iglesia debe reformular su misión y, por tanto, su contenido. En tiempos de revolución, la Iglesia no puede desencarnarse, ni caer en las

¹⁰ *Ibíd.*, p. 26.

¹¹ Sergio Arce Martínez: *La Misión de la Iglesia en la Sociedad Socialista*, p. 16, Editorial Caminos, La Habana, 2004.

¹² *Ibíd.*, p. 17.

garras del miedo. La revolución significa el momento de la resurrección, del cambio, de la esperanza. La desencarnación se convierte en pecado y, por tanto, en herejía. Alejarse del proyecto social es distanciarse de la esencia misma del cristianismo, de la obra de Jesús como reconciliador y transformador del espíritu de los hombres. Es también renunciar a que el marxismo y el socialismo sean los fundamentos ideológicos de esas transformaciones sociales. Por eso, lo primero que debe hacer ese pueblo creyente es aceptar el hecho revolucionario en sí, para «aceptar con seriedad la existencia y realidad de esa sociedad; y gústenos o no, tomarla como lo que es, como la ideología revolucionaria del mundo que nos ha tocado vivir, y al que debemos servir».¹³

Por eso, el papel de la Iglesia será cumplir su misión, de lo contrario, llevaría a la dimisión. La Iglesia debe fomentar la unidad de la Revolución, de los revolucionarios, del pueblo, y no la traición y el apoyo a los que se oponen a este proceso y a las transformaciones que se llevan a cabo por la dirección del gobierno.

La misión se identifica a través de las tres dimensiones que el autor propone, ellas son: *testimonio, profética, evangelizar*. Esto significa la asunción de un pensamiento que se mueve en la racionalidad teórica y que puede volcarse hacia la mejor comprensión de la tarea que tiene ante sí el pueblo creyente dentro de la construcción del socialismo.

El testimonio se brinda para lograr humanizar al hombre, para salvarlo como hombre, para suprimir sus enajenaciones a través del trabajo y para que cada quien reciba la parte del pan que le corresponde. Así el testimonio deviene el problema de todos y la Iglesia será de nosotros y no de algunos. El bienestar social es sumamente importante para lograr que la fe pueda contextualizarse. Para lograr el testimonio hay que ocuparse del bienestar del hombre y este solo se logra a través del trabajo como realización espiritual.¹⁴

Resulta interesante la concepción del trabajo que se declara en el texto que analizamos, en tanto busca su fundamento desde un propósito inherente a la historia del cristianismo y que es desarrollado de forma bíblica a partir de la tesis siguiente: «Dios es un creador y por ende, un trabajador incansable y eterno».¹⁵

¹³ *Ibíd*em, p. 20.

¹⁴ *Ibíd*em, p. 30.

¹⁵ *Ibíd*em, p. 31.

Por tanto, si el hombre es una criatura que es su imagen y semejanza, tendrá que asumir el trabajo como la actividad creadora y de realización espiritual. Por lo que se fundamenta la necesidad del trabajo como plenitud humana en sus dimensiones natural, cristiana y social. La cuestión que resalta esta reflexión teológica guarda estrecha relación con el contexto en que se está desarrollando el pensamiento económico del Che y su preocupación por los excesos materiales como estímulo.

El Dr. Arce hace coincidir su exposición sobre este tema referido al contenido anticapitalista de su noción del trabajo y de cómo el marxismo ha asumido este tema desde la fe bíblica.¹⁶

Aquí aparece otro tema muy recurrente en su obra, es la diferencia radical entre cristianismo y capitalismo. Hay una profunda crítica a las bases de esa sociedad en tanto genera el individualismo y la idolatría por el dinero, por tanto, profundamente opuesta al «espíritu solidario y camaraderil» del cristianismo y congruente con el socialismo y el marxismo. Así, el trabajo deviene el sentido social del cristiano, es decir, es su deber.

Sin embargo, el deber y el testimonio solo se promueven a través de lo profético. Es en este aspecto en el que con mayor fuerza Arce resalta el vínculo de su doctrina teológica con los fundamentos del marxismo y la inserta en la realidad social cubana de los sesenta.

Hace un llamado a que la Iglesia cubana destruya sus ídolos (capitalistas) como la libre empresa, el *american way of life*, la discriminación racial y social, para que se acerque no sólo a la cosmovisión marxista sino a las transformaciones que está llevando a cabo la Revolución y viva en esa experiencia. Porque el marxismo, como teoría, confronta de forma crítica con los que hasta el momento se han erigido en ídolos políticos, económicos, sociales y filosóficos.¹⁷

Así, afirma Arce que: «El marxismo destruye el mito, el ídolo político de la libertad concebida según el molde racionalista, liberal y burgués, del siglo pasado. El marxismo destruye el mito, el ídolo social de la “división de clases”, o de “la supremacía” de ciertas élites. El marxismo destruye el mito, el ídolo económico de “la santidad de la propiedad privada”. El marxismo des-

¹⁶ *Ibidem*, p. 32.

¹⁷ *Ibidem*, p. 38.

truye el mito, el ídolo filosófico de “dios”, del dios aristotélico, del dios del idealismo»¹⁸

A partir de esta referencia se produce el reconocimiento de que el ateísmo marxista descubre el ateísmo práctico del cristianismo. En esto radica, esencialmente, la relación entre idolatría y ateísmo porque obliga a llamar «Dios a quien no es Dios».¹⁹ Es decir, la Iglesia debe renovarse en el plano ético-social y también en lo ideológico y lo teológico, pero asumiendo el marxismo como doctrina axiológica. Sólo así podrá romperse «el silencio de la Iglesia». Si hasta el momento la Iglesia no se ha manifestado fue porque se aisló del proceso que vivía el país. La Iglesia debe escucharse pero con el propósito de defender, de reconciliar, no de dividir, no para destruir. Por tanto, el cristiano ha de comprometerse con la Revolución y solo así logrará que su testimonio profético sea evangelizador y alcance la verdadera misión de la Iglesia en el socialismo.²⁰

Al hablar del evangelio, plantea que este se distingue de la «religión», de las «ideologías» y de «los sistemas políticos socio-económicos». Cuando el evangelio se identifica por la Iglesia con alguna de estas cosas, o con todas, se tergiversa. Es por ello que propone un diálogo paciente y humilde con el marxista, con el hombre de la sociedad socialista y este versará sobre la actitud atea y de confrontación para la cual deberán prepararse unos y otros, buscando los puntos que los unen para renovar la Iglesia desde sí misma.

El autor establece el vínculo con el marxismo desde los fines que este persigue como ideología social y no desde su contenido específicamente filosófico. Su prioridad es hacer coincidir el proyecto social cristiano que enarbola con las transformaciones revolucionarias que vive el país. No dejar pasar por alto el contexto de los años sesentas en lo político-ideológico y ubicarse dentro de la realidad que eligió para vivir y sostener su posición de fe.

Lo más importante en este período no es el giro en el discurso teológico que no solo incluye al autor que analizamos, sino el hecho de que en consecuencia con esta nueva reflexión la iglesia presbiteriana asume su reforma en el año 1967, que no solo implicó el cambio de nombre, sino también el de funciones y,

¹⁸ *Ibidem*, pp. 38-39.

¹⁹ *Ibidem*, p. 39.

²⁰ *Ibidem*, p. 41.

por tanto, de su nueva proyección, en consonancia con la misión trazada y aprobada.

También se alcanzaba una nueva etapa en el movimiento ecuménico cubano. La postura de la iglesia presbiteriana reformada marcó dentro del protestantismo cubano una pauta, una conducta y una nueva forma de asumir la Revolución como espacio de debate, reflexión y transformación, que en términos de la teología que propone Arce se movería en las tres coordenadas: testimonio profético para evangelizar.

De cierta manera, esta reflexión sirvió para aglutinar a los cristianos comprometidos con el socialismo cubano, que debió enfrentar nuevos retos en los años posteriores, y sorteando las mismas dificultades que la sociedad asumía en su empeño de construir el socialismo. La validez de este texto está en el hecho de que proyectó el espacio y dio las pistas necesarias para el ecumenismo que requiere el socialismo; pero, sobre todo, alertó en la necesidad de desideologizar la fe, tema a partir del cual la misión de la iglesia podrá rehacerse a través del análisis de la ideología y el ateísmo.

No se conoce, al menos por la vía de las publicaciones de la época, la repercusión que tuvieron los materiales analizados para el mundo académico que se movió en los predios del marxismo en Cuba. Quizás los prejuicios hayan puesto un velo de silencio sobre esta postura que marcó un discurso diferente del de la iglesia tradicional en el país.

Lo que sí es cierto es que a partir del año 1965 el debate en torno al marxismo y a las adecuaciones que este debía tener en la Isla se convirtieron en centro de la reflexión de numerosos intelectuales en distintos predios. El marxismo identificado con la doctrina que apareció reflejada y divulgada en los manuales de procedencia soviética exponían fórmulas que no coincidían con la práctica y el discurso socialista cubano en ese momento. Pero también se había desplegado una voluntad de no «repetir ideas y políticas generadas en el mundo socialista, que no se compartían».²¹

Ciertamente en este contexto teórico, ideológico y político, resultó sumamente difícil encauzar el movimiento evangélico

²¹ Natasha Gómez Velásquez: «La divulgación del marxismo en la revista *Pensamiento Crítico*», en *Marxismo y Revolución*, p. 98, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2006.

en la Isla. Tanto Arce como Fernández Ceballos, Cepeda, entre otros, al provenir en su formación de una cultura profundamente arraigada en el pensamiento cubano supieron fusionarlo con la tradición calvinista de la reforma para insertarse dentro de las exigencias del pensamiento de esa época. Es desde esta tradición que se entroniza con la obra de los fundadores del marxismo y posteriormente con la de la teología neoortodoxa, la nueva hermenéutica bíblica y las filosofías que se desarrollaron en Europa, fundamentalmente en la década de los veinte del siglo xx. Pero también con las tesis que comenzaban a formularse en el viejo continente por parte de J. Moltman y J. B. Metz sobre las «nuevas teologías políticas» en tanto reflexiones que mantienen vínculos muy estrechos con las transformaciones que ocurren en sus predios. Sin dudas, esto los pone en contacto con el marxismo como teoría objetiva acerca de la historia, sobre todo con la praxis que genera la asunción del método marxista.

Cuba no escapó al espíritu rebelde y revolucionario que se vivió en los sesenta y, sobre todo, al discurso contestatario que exigió repensar el marxismo y adecuarlo a nuestra realidad específica. Los sucesos del viejo continente impactaron fuertemente en la práctica social, específicamente en los discursos dogmáticos que enarbolaron algunos sectores de la intelectualidad académica y política del país, los cuales se habían comprometido con el modelo soviético del socialismo.

En la revisión de las obras de Arce no existe una crítica al esquematismo propuesto por la visión soviética del marxismo a través de los manuales, pero sin dudas, su preocupación por asumir la herencia de Carlos Marx, le crea un espacio en la reflexión cubana de los sesentas.

Su compromiso con la realidad social lo condujo a insertarse en la formulación de esa teología política necesaria para Cuba y que enriquecida por la praxis obliga a plantearse una «responsabilidad práctico-crítica de la fe cristiana y el testimonio de su esperanza»,²² que será el reto del movimiento cristiano cubano en las décadas sucesivas.

²² J. B. Metz y otros: *Ilustración y teoría teológica. La Iglesia en la encrucijada de las libertades modernas. Aspectos de una nueva teología política*, p. 9, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1973.